

LOS MARGINADOS O LA CEGUERA Y LA MENDICIDAD COMO DIMENSIONES TEXTUALES DE UNA LECTURA MARGINAL: A PROPÓSITO DE LOS PEOR, UNA NOVELA INSERTA EN LO URBANO

Oscar Alvarado

RESUMEN

La novela *Los Peor* no escapa de la dinámica social, por lo que se ve inserta dentro de las estructuras que van delimitando el devenir de los individuos y su accionar en el entorno, fundamentalmente cuando son los marginales, sujetos rechazados socialmente por la "diferencia" que les es asignada.

Palabras clave: marginalidad, ceguera, mirada, otredad, desterritorialización

ABSTRACT

The novel *Los Peor* does not escape from such social dynamics; therefore, it gets involved within structures that delimit the individuals' future and their performance within society, especially if considered "the alienated," people subjected to social rejection due to the "difference" they have been appointed with.

Keywords: marginality, blindness, glance, otherness, deterritorialization

LITERATURA Y SOCIEDAD EN LA NOVELA LOS PEOR

La literatura es incapaz de permanecer ajena a la movilidad de los cambios a los que la sociedad como tal se ve sujeta. El texto u obra literaria responde a una serie de condicionamientos sociales que permiten que éste, como materia sujeta a esos referentes sociales, responda también a tales cambios. Es por ello que en una novela como *Los Peor*, de Fernando Contreras, existe una manifestación en la cual, sin copiar el entorno, sí se responde a éste a su manera, pues la mediación de una visión de mundo, no obvia, es claro, el contexto en el cual se teje la escritura de esta novela. La construcción de la mirada como espacio de significación, de construcción de lecturas a partir de los personajes, nos va revelando un panorama en el cual confluyen unos y otros, y nos permite no solo afirmar que en

definitiva tal mirada esté del lado de Jerónimo, de Félix o del propio Polifemo, sino que incluso la mirada la construyen todos de acuerdo con su espacio de interacción social y urbano en particular. La mirada no solo da un lugar al otro, sino que incluso lo otorga al que mira, pues su interrelación permite una construcción que, de tal forma, da lugar a una interpretación. *Los Peor*, por lo tanto, ocupan un espacio de cara a la otredad de la sociedad que los margina, mientras que estos, por su parte, son también la otredad de esa sociedad represiva. La igualdad de la construcción no significa una equivalencia en el plano de lo social.

En este texto, en el cual los personajes principales son los grandes desposeídos de la sociedad, aquellos que están signados por la condición que los ubica como clase baja-baja, en la cual estos se enfrentan a nuevos tiempos en los que la desposesión, la crisis social, el desempleo

en una escala alarmante, y los deseos o utopías que se erigen como sueños más que como realidades, dan paso a un universo en que son los olvidados los nuevos sujetos que llevan de la mano la presentación y puesta en escena de una realidad costarricense. La nueva temática aborda el mundo de aquellos que como Jerónimo y su hermana, las prostitutas y don Félix, Polifemo, y los que deambulan de un lugar a otro por las calles de San José, van delimitando la nueva "realidad" del entorno en el cual se mueven y se construyen. Es el desenmascaramiento de un acontecer que se torna más y más patético y que pone de manifiesto que las desigualdades sociales y el aumento de condiciones más difíciles de sobrevivencia dentro del monstruo urbano, se van volviendo cada vez más hostiles para los olvidados, para los marginados a los cuales hemos hecho referencia. El mundo de la pensión como espacio tabú dentro del entorno social, pero de gran afluencia, termina por convertirse en el centro de las miradas, entendido el concepto como esa construcción de la cual ha hablado Sartre, como esa relación en la que uno me devuelve la mirada y me confirma como sujeto, me confiere una identidad, lo cual lleva a la asimilación de un ser por parte de los visitantes y de otro ser o identidad por parte de las muchachas y quienes viven y conviven en el ambiente propio de este espacio de lo prohibido. Mirar es, entonces, asir el mundo de una determinada manera e incluso, yacer en el mundo de una forma igualmente particular. Son los posicionamientos en el espacio de lo urbano en este caso, por lo cual Jerónimo pasa a ocupar el lugar del marginal, mientras los clientes que asisten a la pensión construyen su mirada y su posicionamiento desde el ámbito de la otredad en la cual no caben los Peor.

La injusticia emerge como uno de los parámetros dominantes dentro de los nuevos tiempos, de lo cual da cuenta la lucha de los personajes que manifiesta el texto. Las acciones que estos vayan desarrollando a lo largo de la novela han de ser la confirmación de un lento pero insistente proceso de desenmascaramiento de las injusticias, en donde las pluralidades son la careta detrás de la cual continúan encubriéndose las diferencias y la confirmación de los diferentes estratos de

la sociedad. La prostitución, como ámbito de lo reprochable, existe y resiste con gran éxito precisamente porque esa doble moral le da vigencia y carácter relevante dentro de la construcción social.

La literatura se vierte como la posibilidad de poner en la letra aquello que en el entorno corresponde a una manifestación que, lejos de escapar de su función referencial, cumple el objetivo de hacerse evidente, como respuesta, a esa "verdad" que va construyendo el ser humano y la sociedad, con la inserción de los cambios inevitables que la cultura, el tiempo y el espacio van delimitando. La pensión se pone de manifiesto porque como producto social en el cual se exalta el oficio de la prostitución, cada una de las muchachas cumple con un desempeño importante que les garantiza su subsistencia. Es el espacio en donde se tejen y destejen todas las noches y días las relaciones amorosas, las cuales han de estar renovándose y perdiéndose permanentemente, como en un constante ciclo.

Las muchachas no son prostitutas por decisión propia y única, sino por consentimiento social, una mirada que las confirma, y las construye en ese espacio, y les da una posición dentro del colectivo. Una mirada que las construye, pero desde la cual también se han construido, como se han construido Jerónimo y Félix, los que han recurrido a la ceguera en tanto rechazan la "contemplación" de cierto espacio para refugiarse en la mirada de otro ámbito socio-temporal.

LOS PEOR Y LO URBANO

Una novela como la presente aborda el espacio de lo urbano, por lo cual se deja de lado el tema que hasta ahora había sido el mayormente explotado en la literatura costarricense, como lo es el del campo. El surgimiento de nuevos temas de carácter psicológico, económico, político, que van dando lugar al ámbito de lo urbano con todos sus aspectos oscuros y negativos, ciertamente contribuyen a romper el esquema de lo idílico que ya se había perdido en el campo y que se ubica luego en la urbe, para terminar abriendo el espacio a una realidad que dista mucho de

la idealización concebida hasta el presente. La transformación en el ámbito de lo literario va desplazando paulatinamente este abordaje de lo tranquilo, de lo agradablemente vivencial y de ensoñación en el cual la crítica inicial aterriza, para ir lentamente abordando, en la literatura de transición, una relectura del entorno que pone de manifiesto una imagen que adquiere otros ribetes, hasta llegar a lo que en los últimos años se ha convertido en esta nueva literatura, cuyo eje central ha de tomar como base la ciudad con todas sus manifestaciones oscuras y desdichadas. La prostitución, la pornografía, la soledad, el rechazo, la negación, la alienación, la pobreza extrema son, entre otros, los temas que han de verse en la nueva narrativa nacional costarricense, desprovista de ornatos, para presentar una realidad cruda que, en última instancia, golpea a las clases más desposeídas de nuestra sociedad.

Este nuevo abordaje es la puesta y elucidación de una sociedad en crisis, como fenómeno no solo nuestro, sino de la sociedad latinoamericana en general, en el cual la mirada de ese mundo atroz, refugiada en ocasiones tras una ceguera que permite desviar el horror del mundo presente, es lo que va dando sustento al presente análisis.

La mirada, que proviene no solo desde el Otro, sino que se origina con este a partir de la interrelación, hace que en la novela los Peor adquieran un espacio en contraposición con el lugar de la sociedad, en una relación antagónica desde la cual la mirada los va construyendo. Esa mirada es la marca de identidad que unos y otros han de adquirir. Al mirar, unos y otros se asignan ese espacio, a pesar de las desigualdades que ello conlleva. El imaginario, entendido aquí como una aceptación de relaciones establecidas, les identifica, en tanto hombres y mujeres, en tanto marginales o excluidos, y marginadores o represores.

En un grupo social en el que los otros valores de cara al Siglo XX y principios del XXI adquieren una dimensión diferente a tal punto que se erigen con mayor fuerza nuevas lecturas que dan margen a (des)valores, y en medio de tal caos aparece una nueva lectura de núcleo familiar que tiene como base un prostíbulo; la diferencia

se convierte, ahora más que nunca, en una amenaza a los patrones conductuales establecidos por el orden tradicional. El nuevo grupo encuentra su orden donde el resto de la sociedad no ve más que caos, y en donde la prostitución, posiblemente más caótica que otra cosa, no representa sino una expresión de la normalidad para estos que se hallan en el espacio de la exclusión, y para todos los que en general participan de esta esfera de marginalidad, pues es el medio de subsistencia que permite el mantenimiento del grupo emergente. Un enajenado, una cocinera, un niño de un solo ojo, una madre que en principio no acepta al pequeño pero que al plegarse a su nueva familia termina por aceptarlo y aceptarse, un grupo de muchachas que hacen de un espacio prohibido su hogar, y otros más que participan en mayor o menor medida de este ámbito, van constituyendo esa emergencia de nuevos individuos contruidos desde una óptica diferente, de simpatía, de admiración incluso, aun cuando para la sociedad sigan perteneciendo a un lugar en el cual se hallan los desposeídos. Es la apropiación de una mirada y de una lectura que no les ha pertenecido hasta ese momento, pero que ahora les confiere un espacio:

“Anocheía entre el olor volátil del quita esmalte derramado y el de la ropa húmeda con la inicial bordada que solían tender en las barras de las cortinas de los tres o cuatro baños comunes que había, y los pleitos porque más de una tardaba demasiado rasurándose las piernas y la raya del biquini y otra que gritaba por allá “que ya había llegado el calvo de ella, que a como tenía la calva así tenía la jupa de pollo, y que ni se hicieran ilusiones porque él sólo a ella la buscaba”, y otra que se volvía y le gritaba “tragona”, entonces había pleito y las demás las separaban para que no se arruinaran los peinados ahora que iba a comenzar a bajar. Y comenzaban a bajar, casi todas para quedarse en el salón toda la noche, otras, “las de mejor pinta”, como decían ellas, se iban para los bares más céntricos y más caros a pescar extranjeros de los que pagan en dólares, gringos viejos, japoneses jóvenes y emprendedores empresarios que no se apeaban sin haber sacado antes hasta el unto, y

muchos nacionales de prestigio que pagan como extranjeros. Ellas caminaban hasta esos bares y ahí concertaban el trato, luego, por lo general el hombre se las llevaba en taxi o en su auto a algún motel de la periferia en los casos nacionales, o a su hotel de cinco estrellas, en el caso de los extranjeros..." (Contreras, 1995, P. 81).

Ya se van dejando de lado, en medio de una sociedad industrial que agoniza y una tecnológica que adquiere unos ribetes de poder sumamente marcados, una serie de nuevos conflictos ante los cuales no son ajenos. La presencia de Polifemo no es casual, sino que se convierte en el gran símbolo de estos nuevos valores, caóticos o no, que contribuyen a reafirmar la diferencia y la marginación de los sujetos y de los grupos. Es la confirmación de la mirada, y al mismo tiempo de la ceguera, esta última que se niega a ver la realidad también existente, tal como le ocurre a don Félix, el ciego. Polifemo es el marginado que pertenece al grupo de los marginados, y que recibe una educación estéril si se quiere para el momento, óptima en otras circunstancias, por parte de otro de los grandes marginados de la sociedad. En otras palabras, la novela pone sobre el tapete el conflicto de la marginalidad que ataca a unos sujetos más que otros en medio de los nuevos parámetros sociales impuestos. Es una sociedad contaminada, de la cual Polifemo es el mayor contaminado físicamente en tanto nace diferente, "anormal" para los otros, pero también nace, en principio al menos, a la diferencia, la cual termina por abandonarlo para sumirlo poco a poco en esos otros valores. Él sufre, incluso por parte de la propia madre, esa lectura de la cual mana el desprecio y la indiferencia. Es partícipe de una mirada que lo expulsa al igual que a los demás, aun cuando Jerónimo insista en la simbología de lo que representa su llegada y su aspecto:

"-El niño es un portento, un prodigio y un monstruo-. Trató Jerónimo de que entendiera. -Pero eso nada dice en su contra: El portento, pues no es contra la naturaleza, sino contra la naturaleza conocida. Los portentos, los ostentos, los monstruos y los prodigios se llaman

de esa manera porque portendunt, anuncian; ostendunt, manifiestan; monstrant, muestran; praedicunt, predicen algo futuro...Y tu hijo lo es todo junto" (Contreras, 1995, P. 46-47).

Los monstruos sociales son inventados por la colectividad con el fin de confirmar, no solo la expulsión y justificarla, sino de inventar aquello que no puede ver (o no quiere), como lo es el caso de la condición propia de los marginales, a los cuales insiste en crear desde su propio ámbito de subjetividades represivas.

Tal grupo, sui generis por lo demás, se va construyendo de forma simultánea en el ámbito de lo privado y de lo público, a tal punto que la diferencia nunca es clara en cuanto a límites, pues viven con la prohibición, en la prohibición y desde esta. La marginalidad que los sujeta, les permite también establecerse y ser, construirse desde esta y existir a partir de allí.

Es así como los roles sociales que se van conformando en el texto, y la construcción del ser individual, se manifiestan dentro de la estructura, la cual pone de manifiesto personajes cuya preocupación es el diario vivir, y cuyos sueños no van más allá que el del disfrute inmediato, y la menor cantidad de preocupaciones posible.

Dentro de lo propio de los cambios sociales, en los cuales la sociedad masificada se convierte en imperativo, a la manera de Tiempos Modernos, de Chaplin, un pequeño grupo, estereotipado desde la negatividad, enarbola su propio discurso, aun cuando no cale dentro de los valores sociales, pero les permite asumir un lugar dentro de esa sociedad de masa, y manifestarse desde la diferencia. No obstante, los recorridos de Jerónimo por la ciudad no son sino la confirmación de un autoafirmarse a pesar del Otro. Si bien su limitado espacio de cara a la sociedad en lo que a voz se refiere lo ubica en el lado de la monstruosidad y la rareza, e insiste él mismo en permanecer del lado de lo marginal, también es cierto que al igual que los de su grupo defienden su capacidad de mirar, de leer, de interpretar en medio del maremágnum que los contiene no solo a ellos sino a todo el conglomerado social.

Por otra parte, en medio del caos de consumo, el grupo de los Peor se convierte en el

mayor objeto de este: es el sitio al cual confluye la sociedad para consumir prostitución. Es un grupo de consumo que se realimenta de otros valores, para los cuales debe servir al otro, es decir, al devorador, a la sociedad. No obstante, en medio de tal actitud, son ellos, estos marginados, quienes no caen en el ámbito de tal anhelo consumista, razón que se ha citado en tanto se vive al día. Lo cierto es que transcurren sus vidas en medio de la hostilidad que esa sociedad que los devora cada día, de la cual se sirven, pero a la cual también sirven, les va sembrando. Lo importante no es solo el consumo que de ellos se haga, sino la actitud que permita transparentar la idea de que no es así. Nadie admite fácilmente ser consumidor de prostitución, pero quizás sea cliente asiduo de algunos sitios. La verdad no es lo que es, sino en muchos caos lo que aparente ser. Desde tal perspectiva, la lectura que un grupo y otro efectúe de ese entorno, no permite ese diálogo de miradas, pues el resultado ha de ser la construcción de otro, antagónico, que se elabora de tal manera por ser relación de Otridad permanente. Cualquiera, fuera del espacio del grupo de Jerónimo lo posiciona dentro de una otredad para consigo que inevitablemente lleva al rechazo. La mejor forma de ubicarlo en el espacio social es confiriéndole un carácter de loco que no es sinónimo, sin embargo, de la diferencia que caracteriza a Jerónimo Peor.

Por lo anterior, en la novela es claro que se está llevando a cabo una relectura de los valores establecidos, lo cual queda de manifiesto con la lectura evidentemente centrada en los personajes marginales y en el grado de solidaridad y de construcción de núcleos familiares que van elaborando. La novela deja ver, sin embargo, cuál es la inclinación ante estos nuevos valores, de forma que no permanece ambigua en cuanto expresión, sino más bien asume esta, desde la óptica de la narración, una clara empatía con los marginados. No debe perderse de vista que el mismo Félix es también un marginado, es un ciego que vive en un San José imaginario, y que por ello contribuye a ser tildado como loco, como descentrado, pero no ante los ojos de Jerónimo, capaz de leer y entender la diferencia, y los valores que han quedado en la memoria del anciano ciego, el cual

posibilita la existencia de su propia realidad, y la comparte con Jerónimo, que igual se la apropia. Esto nos pone ante el hecho de que la mirada y la ceguera juegan, en la relación de conocimiento-desconocimiento, un papel vital, pues el dejar de ver, el dar paso a la ceguera, es posibilitar la emergencia de la mirada, la cual incluso puede ser la lectura de un espacio no deseado, como lo es lo que el otro me devuelve, en este caso, una sociedad que margina y un San José decadente.

Por otra parte, tampoco debe dejarse de lado que estos nuevos valores exigen una construcción, en la cual, cuanto más se tenga, más persona se es y más se vale por ello. De nuevo la diferencia construye o evidencia la marginación. Los Peor viven al día, por lo cual socialmente no valen. El mismo Jerónimo atesora sus experiencias, pero carece de bienes materiales, lo cual lo convierte en una especie de paria social, aun casi ante los ojos de su hermana Consuelo. Don Félix, poseído por la ceguera, es también otro marginado, pues no posee sino muy pocas cosas, entre las cuales se halla su humilde casa y su perro, de allí que su ceguera no sea casual, pues al fin y al cabo es refugio para acallar la miseria en la cual se halla. No obstante, no caen en el plano de este nuevo devenir social, lo cual los lleva al aislamiento y los "cercena" de alguna manera. Es por tal aceptación que Jerónimo y los suyos no rechazan de plano la mirada en la cual los han construido, pues su mirada a la vez, les da un espacio en el cual interactúan, aun cuando se sepan excluidos. El lugar de Jerónimo dentro de su entorno termina no solo por darle una identidad, aun extraña para ellos mismos, pero igual dentro del manejo y apropiación que le permiten confirmarse y ser:

"Jerónimo vestía el hábito pardo de la orden franciscana, la orden que lo acogió después de su derrumbamiento y lo toleró con auténtica paciencia franciscana durante años. Usaba sandalias atadas a los tobillos y se ajustaba el hábito con un cordón mugriento. Tenía tal vez cincuenta años, una sólida formación clásica y una pasmosa ignorancia de la actualidad. Se aseguraba que tenía trastocado el juicio; pero eso nunca fue óbice para que las muchachas lo

quisieran tanto y le permitieran hacer lo que le viniera en gana, sin pagar por lo poco que consumía ni por el cuartito detrás del cuartucho de pilas, donde dormía poco y divagaba mucho. Era mayor que Consuelo: Era pálido, como hecho de cera, muy parecido a las imágenes franciscanas de los conventos coloniales de América del Sur adonde se lo llevaron a formar” (Contreras, 1995, P. 17).

Para Sartre la mirada surge a partir de la recip

ocidad de quien ve al Otro y es visto por él, lo cual también responde, en definitiva, a esa construcción de otredad inevitable, en la que los sujetos se posicionan y poseionan de espacios en los cuales se los ubica, con las lógicas diferencias que ello trae. Los Peor son marginales porque la mirada sartreana, en términos de discurso, ha posibilitado que la sociedad los “desfigure”, los excluya, les imponga un espacio social. Desde el punto de vista sartreano, la palpación de la pobreza, de la marginalidad, de la desposesión, de la carencia, de la exclusión, e incluso de la casa desprovista, del deterioro de mi alrededor, es ya una forma de construir la mirada, pues el propio ruido que se presenta a mi alrededor, me da una idea del espacio en que me encuentro, y me asigna un lugar, por lo cual los Peor, y la sociedad en general, han de mirar con los distintos sentidos, con excepción de los ojos, y así van a comprender su posición en el mundo de lo urbano alienante.

Toda esta alineación provoca en los sujetos y en la sociedad una nueva racionalidad, desde la que se desprende, es claro, la irracionalidad misma en la cual se desenvuelven. Es la presencia también del absurdo social es su devenir, en el cual unos son porque tienen, y otros no llegan a ser plenamente en tanto carecen de. El texto pone en entredicho ambos planos sociales y parece construir dos universos de sentido, en el cual la realidad no siempre es la misma, y el caos social se manifiesta de una manera, pero cierto orden, en menor escala, puede construirse en otra esfera, paradójicamente, en la de la marginalidad, en el mundo de los abandonados. Jerónimo no es un loco, ni los Peor lo son en cuanto marginales, sino que el discurso se construye también desde

ellos para poner en evidencia la manifestación de una nueva moral en el entorno de una sociedad y una cultura que se rige por ciertos valores. Los Peor, al fin y al cabo, vienen a construirse como los “Mejor”, pues son capaces de defender su micro universo y manifestarse desde él. Es la posibilidad de la coexistencia de dos diferencias, aun cuando una trate de subyugar o contrarrestar a la otra, pero con la defensa que la cultura, y los valores en principio meta culturales defienden. El prostíbulo es el centro de una nueva dimensión de valores, el oasis, que permite vivir con otro esquema de reglas. La figura misma de Jerónimo, signado por la diferencia, es también marca importante de esta defensa aun cuando se deambule en medio del océano caótico y devorador de las calles josefinas, y pase por el tamiz de la mirada, y la ceguera (que conforta y desvía la atención). Esa ciudad de desorden, en donde la violencia va tomando las calles lo mismo que la gran proliferación de transeúntes y automóviles de todo tipo, es el mundo que contiene ambas expresiones, ambas posibilidades de confluencia y de choque. La urbe es el espacio en el que por lo tanto coexisten al menos estas dos expresiones de antagonismo, pero de las que ambas son expresiones de una manifestación cultural única, pues esta es espacio para todos, inevitable e insoslayable; existe y no podemos obviarla. La permanencia de Polifemo, aun cuando se insista en esconderlo, es latente, y signo para unos de manejos inapropiados de la naturaleza, mientras para otro(s) es un signo de los tiempos que nos pone de cara ante un nuevo concepto universal, del cual no podemos evadirnos. Las dos lecturas son válidas, aunque se manifiesten en planos de abordaje diferentes. De alguna manera, se nos confirma con ello el paralelo al que hemos hecho mención de las dos miradas que se depositan en la sociedad, para la cual ha de decir Sartre, que es necesaria la existencia de al menos otro más, pues necesito quién me confirme y me afirme, y quien me devuelva esa mirada, y quien se refugie en la ceguera como una forma de no ver aquello que constituye una mácula, un lugar de lo prohibido y abominable, pero manifiesto.

Tal novela, según lo hemos apuntado, deja ver en sus líneas la historia de los marginados,

de los olvidados sociales, de los excluidos como los personajes que paradójicamente se apropian del texto y se construyen y definen a lo largo del desarrollo. El juicio de Lobo, en el prólogo de la obra correspondiente, reafirma esto:

“Novela de bajos fondos, Los Peor rompe con la narrativa de clase media o campesina que ha sido tradicional en Costa Rica. Son los nuevos tiempos, el nuevo desorden social en un desierto de utopías. Ya no hay cabida para la candidez o la frivolidad de algunos y las asperezas existenciales de otros. La urgencia de la época obliga a escudriñar a fondo el lado creciente más oscuro de la luna” (Contreras, 1995, P. 20).

A la par de ello, el lugar en el cual existen no es más que la posibilidad de subsistir, sino también de encontrar un lugar en el cual compartan un rescoldo de humanidad y comprensión:

“Los hermanos Peor estaban solos en el mundo pero a Consuelo le había tocado la peor parte.

El número de muchachas de la pensión oscilaba entre quince a principio de año y veinticinco para las fiestas de Navidad; de todos colores y tamaños y de las más dispares procedencias, con hijos bebés algunas, con hijos adolescentes otras, con novio, con amante, con marido, algunas irremediablemente solas, otras con pintorescas variantes de las situaciones de las demás. Todas eso sí, decididas a sobrevivir entre aquellas paredes de la pensión, o entre las paredes donde la vida se decidiera a encerrarlas.

Durante el día había relativa calma en el lugar: las muchachas dormían mucho o salían a quién sabe qué, o simplemente a pasar el día en sus verdaderas casas con sus hijos y sus madres porque, en su mayoría, evitaban que ellos pasaran mucho tiempo en la pensión” (Contreras, 1995, P. 21).

Lo anterior confirma el grado de marginalidad y de desposesión implícita a que se ven expuestos los personajes, a pesar del grado de solidaridad que se va construyendo dentro del

pequeño núcleo, lo que contribuye a enfrentar la crisis, pero no a atenuar la diferencia y la separación que los caracteriza.

Para Merleau-Ponty vemos, no con los ojos, sino con el pensamiento, en un proceso que obliga a tomar distancia para poder dar cuenta aun de aquello que es lo más inmediato. Los ojos pasan a ser un mero objeto más que se ve, pero es el pensamiento quien nos permite aprehender y comprender, el proceso de significación. Desde ese punto de vista, Félix, Jerónimo, Consuelo, Evans, y todos los demás pueden ser partícipes de ese medio, de ese equivalente a la mirada sartreana, pues no ven lo aparente, sino que el pensamiento obliga a tomar distancia y a dar cuenta de aquello que los hace posibles como sujetos y objetos, aun cuando esto sea un entorno ominoso, pleno de desigualdades, de diferencias, de injusticia. Es la apropiación de una mirada que avasalla, pues pone de manifiesto lo deleznable social.

La construcción del texto permite ir delimitando las profundas diferencias sociales, cuyo enfoque básico está dado desde la perspectiva de quienes asumen el lugar de la otredad como amenaza, como los desligados sociales dentro del mismo núcleo social; estos son quienes ocupan el espacio de la prohibición en medio del devenir del caos social. La vida de unos y otros se construye de forma simultánea pero en funciones vitales diferentes pues unos ocupan el lugar de la “civilización”, mientras que aquellos permeados ante los primeros, si bien ocupan en principio el espacio de lo negativo, están contruidos desde una perspectiva muy positiva, pues se erigen, según se ha indicado, como los mejores, y no como aquellos que han de vivir a la sombra de la “calidad” urbana. Es la expresión, en definitiva, de una emergencia que se pone de manifiesto en una época en la cual la crisis obliga a multiplicidad de funciones sociales que, si bien no legitimadas, son producto de una sociedad heterogénea, en la cual la confluencia de discursos define a unos como personas, mientras a otros los relega al plano de la marginalidad plena.

La novela, por lo tanto, define la historia de los desheredados sociales, en un momento en el cual el predominio de las reglas del capitalismo

adquiere una relevancia primordial, quizás más deshumanizada que nunca, en la que la lucha por la supervivencia se va tornando más y más fuerte. Es una realidad en la cual hay dominaciones y hay también sujeciones, lo que lleva a esa nueva racionalidad cuya irracionalidad es el fruto de las grandes diferencias que golpean a ciertos estratos sociales, mientras terminan de reafirmar el poder de otros. La sobrevivencia del grupo radica, en último caso, en la utilidad que manifieste para el grupo social mayor, el cual termina, permanentemente, por conferirle su espacio. Paradójico es el hecho, por lo tanto, que dentro de esa degradación a que se ve expuesto el grupo de los marginales, ocupe, dentro de la clandestinidad que se le ha conferido por llamarle de alguna manera, un espacio vital, del cual la sociedad no prescinde sino que más bien sostiene e incorpora, pues la mirada, empero, no puede prescindir de la construcción de estos como vehículo para confirmar la existencia de los represores. La existencia de la monstruosidad, de lo horrendo, de lo marginal, supone la presencia de un antagonista, que en este caso responde a una sociedad claramente destructiva.

El regreso a la nostalgia del pasado es ya, a su manera, una forma de retornar a lo idílico en tanto modo desesperado de recurrencia para afrontar la crisis del presente. La fusión entre "realidad" e "irrealidad" adquiere una dimensión de la cual Jerónimo y Félix no dan cuenta, pues se hallan como puentes de un universo al cual pertenecen y simultáneamente desconocen, para aferrarse a la manifestación, al despliegue de una idealización, desde la cual contemplan, miran, observan, y se construyen:

"Jerónimo desplegó su bastón, se sentó en el poyo, levantó la cabeza del perro, se la recostó en su regazo y se durmió un rato con ellos como queriendo unírseles al sueño. Cuando despertaron se saludaron y contemplaron (la negrita es nuestra) un rato el edificio del frente: la Universidad de Santo Tomás" (Contreras, 1995, P. 127).

La novela hace manifiesto un mundo caótico, en el cual los personajes, a los cuales hemos

hecho referencia, no son más que los sujetos que responden al vaivén de una crisis que se acentúa en la sociedad josefina entre las clases más desposeídas, lo cual los lleva a procurar definir(se) en medio de tal caos. Consuelo, tal como su nombre lo indica, es el soporte en medio de la crisis, a la cual se aferran todos y todas, con el fin pleno de sobrevivir en medio de una sociedad en la cual Jerónimo construye su verdad para enfrentar la dificultad de un entorno que claramente le enajena. Él interpreta la sociedad y los eventos a su manera, y se empodera de una interpretación que le permite ser y existir en un espacio socio-histórico complejo, con el absoluto convencimiento de que es portador de una verdad que debe ser transmitida a los demás, pues es su obligación desprenderse de lo que sabe para contribuir, a su manera, a un mundo mejor. Es un momento en el cual las mujeres son mercancía, pero tratan de enfrentar la crisis de la cual son objeto con el propósito de sentirse seres humanos, pues al fin y al cabo ese es el principal motivo de construcción cada día, y el proceso de construcción de una identidad, a partir de la mirada de estas y del Otro, que viene a reafirmar el proceso de enajenación en que se ven envueltas. Es el intento de desligarse de su función objetual, imposible por lo demás, para dar lugar a la emergencia de la persona, del sujeto. Es el desarrollo que lleva permanentemente por la vía del ser y la deconstrucción y asimilación de un nuevo plano vital. Es la misma Consuelo que reafirma el espacio de su esposo, sujeto a la imposibilidad de no ser otra cosa más que un vegetal, pero al cual ella misma intenta dar espacio aunque sea solo para ella. Es la construcción de sus propias verdades. Para Merleau-Ponty entender es sustraer el sentido, por lo cual, a su manera, los personajes, todos los personajes de la novela, tratan, a su manera, de entender lo que los rodea.

Los miembros del grupo de los Peor no son sino sujetos cuya misión comporta el cumplimiento de una tarea desde lo oscuro humano, de acuerdo con los valores establecidos y defendidos desde la normativa social. Consuelo, Jerónimo y las muchachas de la casona están dentro de lo prohibido, al cual accede la sociedad, la "normalidad", pero que inmediatamente, después de

haber dado lugar a la saciedad de esa normalidad, de nuevo pasa al plano de lo desdeñable, de lo marginal, según lo hemos apuntado. Esta separación claramente impide el surgimiento de la utopía proletaria, pues el lugar de este no da espacio para la manifestación de esta. Es así como esa mirada, esa posibilidad de "ver" de la que habla Merleau-Ponty, confirma que el espacio urbano, y el mundo en general, está regido por leyes que apelan a los seres humanos de maneras diferentes, de acuerdo con su ubicación socio-histórica. Los Peor pueden ser lo mejor éticamente, pero socialmente han de seguir siendo el desecho social, solo reutilizable cuando el espacio de las relaciones lo posibilite.

Es una cultura que en definitiva constituye una pluralidad de manifestaciones desde las cuales se evidencia la esencia misma del ser cultural, con todas sus diferencias y particularidades que afirman, fundamentalmente, la diferencia, no solo como grupos, sino también desde las individualidades. La racionalidad misma de la novela, tiene como parámetro básico la presencia del absurdo, de lo paradójico, que se desprende de una sociedad en la cual la "normalidad" acalla lo mismo que pregona en otros momentos, cuando se sirve de los desposeídos, para sepultarlos nuevamente, pues la utilización de los servicios ofrecidos por la pensión es también una respuesta "lógica" a una faceta propia de lo social, a la fase oculta, pero al mismo tiempo manifiesta, de la sociedad. Es una confrontación de universos los cuales, paradójicamente, no pueden estar uno sin el otro, pues se cruzan y se complementan, pese a las distancias establecidas social e ideológicamente, aun cuando se ignoren como si la presencia o ausencia de un sujeto o de un grupo no representara algo dentro del conglomerado social:

"El no usaba más que el último hábito que le quedaba y que, de puro raído, amenazaba ya con dejarlo desnudo un día cualquiera en media calle. Él había venido a ser una pieza anónima más en el ajetreo urbano de cada día, sin importarle a nadie si un día se le veía por ahí y otro no y sin saber tampoco él mismo si seguiría en esa rutina toda la vida que le quedara por delante,

fundamentalmente por no verse nunca afectado con la obsesión por el futuro" (Contreras, 1995, P. 32).

No es casual, tampoco, el hecho de que los personajes principales, según hemos apuntado, sean los desposeídos, pues la novela trabaja el enfoque narrativo desde estos, en la medida en que existe una "intencionalidad" (relacionada con la puesta en texto de los valores que se hallan y se cultivan también entre los olvidados, y a los cuales el discurso predominante tiende a subvalorar) que se brinda al lector, al cual permite ver con simpatía a los abandonados, los cuales, son, en verdad, no solo los protagonistas, sino los únicos en los que y desde los cuales se construye la novela. Las diferencias sociales están dadas, pero la versión de los privados sociales es la que importa, en la medida en que se les confiere algún tipo de voz, si bien no predominante a nivel social, pero sí lo suficiente en tanto personajes principales para que presenten sus momentos de plenitud, como aquellos en los cuales el vacío es el predominante, y la soledad y la miseria los ejes de la historia. En otras palabras, estos se encargan de presentar la dureza de su realidad y de su entorno, inmersos en ese enorme mundo urbano en el cual les corresponde llevar a costas el papel del oprimido social. Jerónimo es despojado, pero no se despoja de sí mismo, sino que se reafirma desde su lugar y construye su mundo desde su diferencia, la cual defiende hasta la locura (al fin y al cabo es el lugar que socialmente se le otorga), mientras Consuelo se erige como la matrona alrededor de la cual se mueven todos los demás, pues desde su marginalidad posee el lugar de privilegio que la lleva a concentrar su propio núcleo familiar, al cual acceden prostitutas, marido, hermano y Polifemo (como casi hijo, casi nieto), y quienes se muevan en el plano de la otredad en la cual se construyen cada día. Es el mundo del capitalismo, en el cual todos los valores, o al menos la mayoría de ellos, adquieren una relectura de cara al nuevo milenio. Jerónimo es loco porque la sociedad lo condena a ese aspecto con el fin de acallar su discurso. Consuelo, Félix y las muchachas son marginales porque sus valores y su voz no son los de la

sociedad mayoritaria, por lo cual son relegados con el fin de silenciarlos y ponerlos en el lugar de los sin voz, de aquellos que se construyen o son contruidos desde su espacio. Cabría entonces pensar qué ha de ser de estos personajes-símbolo de un grupo social en el cual los valores, como lo hemos señalado, adquieren una nueva dimensión, para pasar a convertirse en valores de clase, según la conveniencia de ciertos grupos, pero que lleva a los marginales a no encontrar soluciones de peso a su desventura:

“No hay recetas; no hay soluciones finales para nada, todo es móvil, todo deviene” (Rojas, 2003, P. 123).

En el mundo capitalista del consumismo, el lugar de los Peor es el de la carencia, lo cual termina de convertirlos desde la otredad citada, pues no calzan en el molde de lo establecido desde tales parámetros. Consumir es sinónimo de incorporación, de identidad incluso dentro de los moldes que se han construido, y de afirmación en la sociedad. La privación de ello lleva, inexorablemente, a la separación social, pues no se es si no se tiene. En el fondo, lo que existe es la posibilidad de interpretar para intentar ser y conocer, que es al fin y al cabo lo que hace Jerónimo, y lo que lo lleva a ser el mayormente diferente, pero también el loco que insiste en dar una explicación a lo que los demás obvian, sin importar la “racionalidad” que pese en sus palabras. Explicar el entorno es batirse en duelo ante una lucha de por sí perdida. Jerónimo es el anti-héroe de un texto en el cual es loco por poseer la inteligencia de la cual los demás, asimilados sociales, carecen. Es el intérprete de un entorno en el cual pasa por loco debido a la persistencia de explicar para darse un lugar y un espacio, y dárselo a los demás. Esto lo ubica es una posición que parece de alguna manera alejarse y reubicarlo en un espacio diferente del de la locura asignada, pues es capaz de ejercer su palabra, de confirmarse, y de obviar lo que los demás señalan con respecto a él, cuando esto llega a su conocimiento, pues simplemente desconoce esa voz que no llega hasta él. Su capacidad le permite incluso ir más allá de ese sistema capitalista

fundamental dentro de la sociedad moderna, y ejerce su poder a partir de lo que sabe, sin necesidad de lo que no tiene. Esto lo confirma en ese espacio de la diferencia, y lo afirma en él. La mirada que ha construido le permite ocupar un lugar dentro de ese entorno social, mientras se mueve en medio de la ceguera que los demás manifiestan, conciente o inconscientemente. La percepción del mundo que tiene le pertenece solo a este, mientras que debe reconocer, aun así, que existe otra percepción, y es la que corresponde a la alteridad, la de los demás, por lo cual su mirada depende en gran parte de lo que recibe de esos otros, los cuales le asignan el lugar de la locura. Jerónimo no es ajeno al mundo que mira, por lo cual, a pesar de su marginalidad y “rareza” da cuenta de este, y se lo apropia a su manera. Al estar ubicado en un entorno signado por lo urbano, ese urbanismo lo obliga a un actuar de acuerdo con tal espacio, y se mueve de acuerdo con esos parámetros, y pasa a formar parte de ese mundo, a pesar de que lo haga con sus particularidades, con su mirada que palpa la ciudad y la reviste para sí. De igual manera ocurre con los demás, los que no solo se asignan la ciudad como su espacio, sino que aceptan el hecho de que la mirada de los otros les ha puesto en un lugar que los define, y que evidentemente define a los demás que quedan por fuera.

Es su espacio de localización, en donde sus acciones los van definiendo y los comporta textualmente. Son los componentes de un entorno en el que la diferencia insiste y coexiste de forma permanente. Dentro del entorno social, la fragmentación que como grupo exponen, responde a una manifestación desde la que sus acciones, comportamientos, vicisitudes, momentos de triunfo y de fracaso, han de erigirlos como la otredad, la paradoja de un nuevo universo en el cual unos se catapultan dentro de la expresión capitalista, mientras otros se ven excluidos, y se ven en la periferia de una sociedad desigual, donde lo grotesco, al fin y al cabo, se constituye en una especie de carnaval deshumanizante. Los Peor, no es sino, en definitiva, una novela de desarraigo social, en medio del corazón de la nueva urbe josefina, un texto de confirmación de esos espacios que terminan por ser asimilados por los “desadaptados”.

Los personajes, de acuerdo con el razonamiento que del ver efectúa Merleau-Ponty en su teoría, ven pero solo una parcialidad, pues la totalidad de ese acto resulta imposible, pues siempre queda algo que no se, pero es justamente allí donde entra a funcionar la significación, y lo que cada uno representa en esa dimensión, los posicionamientos que les han sido asignados en el discurso. Es el mundo en el cual se mueven unos y otros en busca de un lugar en el cual puedan dar lugar a sus existencias. La fijación de la mirada de Jerónimo en el pasado que le pone don Félix como nuevo espacio no es sino una forma de ser dentro de esta nueva sociedad caótica. Es la posición, la imposición y la exposición desde las cuales se han de conformar como sujetos o como individuos. Esa nueva ciudad que escapa al conocimiento de Félix, por ejemplo, es aquella de la cual se evade Jerónimo, pues es el sitio de reunión de la pobreza, de la miseria, del hambre, de los enajenados o desadaptados como él, de quienes hacen de ese lugar de degradación su espacio de residencia permanente, aun ante la intemperie, el frío y el rechazo de los transeúntes:

“También topaba cada tantos metros con los mendigos que todavía se resistían a darse por enterados de que ya había amanecido un día más de miserias y privaciones; estaban tendidos en el suelo contra las paredes de los edificios, envueltos en cartones, solos o en pequeños grupos, boca arriba algunos, boca abierta otros, con sus ronquidos asmáticos que le generaban a Jerónimo la angustia de no poder ayudarles a respirar ni siquiera con toda aquella brisa fresca aún no recalentada por el humo de los escapes” (Contreras, 1995, P. 54-55).

Los personajes de la novela, lejos de revestirse, se desvisten socialmente al comportarse como los marginados a los cuales se ha hecho alusión, pues los demás, revestidos por la otredad, que no es la propia que estos comportan desde su plano, son los que se encubren en la apariencia, y confieren al grupo de los Peor el grado de lo deleznable, cuando en realidad son estos últimos los que asumen su lugar dentro del entorno y se presentan tal cuales son.

Por otro lado, si bien las historias se cruzan, cada uno tiene su lugar dentro de una diégesis particular: Jerónimo construye y desarrolla su propia historia, Consuelo elabora su historia vital a partir de los acontecimientos que la vida le va poniendo, la historia de don Félix y su perro es también una historia particular, lo mismo que la de la madre de Polifemo y la del niño mismo; en fin, cada historia no es una historia compartida, sino una propia, la cual puede cruzarse con la de los demás, pero con carácter sui generis y es lo que sucede con los personajes Peor, marginados en tanto ello implica que sean otros los que impongan la marginalidad; desposeídos, lo cual implica que existen quienes son los poseedores. Es una novela en la cual el peso de la diferencia social adquiere un espacio protagónico en el texto, de forma que excluidos y no excluidos construyan la historia de la diferencia, en la que son los primeros el eje o ejes del texto, pues es la historia de los degradados sociales, y sus valores, en contraposición con los desvalores que la sociedad comporta. Lo cierto es que Jerónimo y su hermana Consuelo, así como la madre de Polifemo, son sujetos poseídos, entre otros, por la soledad y el vacío. Por ello, nada importa cuánto se maquille la estructura social, lo cierto es que la diferencia termina imponiéndose, y ello lleva a la manifestación de mecanismos en los cuales la injusticia se arraiga cada vez con mayor fuerza. El horror es la tónica en que se mueven estos, y la tensión que les lleva a la búsqueda de un cambio que ciertamente no llega, lo cual amarra el proceso de marginalidad en el cual están inmersos. Así, en medio de tal caos, no existe la utopía para ellos, pues la pensión, aun cuando halla armonía (a pesar de algunos desencuentros o conflictos) entre estos, ha de seguir siendo un prostíbulo, el lugar de paso y de posterior olvido en donde se construyen y destruyen valores que la sociedad va tejiendo, y en donde quedan resignados los olvidados de la sociedad.

La contemplación que se efectúe de este espacio es siempre una imagen, la cual para unos queda revestida de verdad, pero para otros comporta más el plano de lo imaginario, en tanto es, pero con la imagen de algo más, que permite seguir alimentando la diferencia. Es esa quizás la

imagen que guarda Félix del pasado y en la cual se refugia Jerónimo, un poco desde el concepto de la nostalgia, no como regreso al pasado, sino como contemplación de una realidad que unos ven, pero que no corresponde a la descripción del otro, y de los otros. La ceguera de don Félix es una construcción que responde a su visión y significación de mundo. Es un marginal que intenta posesionarse en un mundo en el cual se le niega el espacio.

Es un mundo que hace que estos personajes permanezcan atados a los vaivenes de tales diferencias y que la pluralidad desde la cual se hable dé lugar a estas diferencias.

La novela es la plasmación de un mundo de diferencias, y paradójicamente de libertades, en donde los personajes "optan" por un rumbo de vida determinado, pero en el cual socialmente existen limitaciones vitales establecidas. Tal aserto se podría esbozar en el inescapable concepto de libertad del cual nos habla Sartre cuando señala que se es libre inevitablemente, pues existe una concepción de libertad la cual igualmente nos sujeta aun en medio de las demás represiones; somos libres incluso sin buscarlo en su precepto filosófico...la inexcusable idea de la libertad. Los personajes novelados son libres en la medida en que se definen desde su marginalidad, pero están sujetos desde el momento en que tal marginalidad igualmente los sujeta. Es esa la gran paradoja, no solo textual, sino vivencial por sí misma, en tanto se manifiesta en cada ámbito de la existencia. Jerónimo es libre dentro de sus limitaciones, pues no se deja seducir por el ambiente que la sociedad, la urbe, le va imponiendo. Su espacio racional, el privilegio que le confiere a este, aun cuando de poco le sirva en ese espectro de diferencias, lo cual por lo demás a él tampoco le importa pues lo obvia o no es consciente de tal limitación, sí le permite ir "enseñando", tal como lo hace al inicio con Polifemo, luego con los músicos, después con los niños amigos del pequeño cíclope, y con cuantos se encuentren en su camino. Se permite esa posibilidad, con el convencimiento pleno de que permite que otros aprendan, mientras él funge como el tutor, como el maestro que puede regalar parte de sus conocimientos. En el fondo, entonces, su

libertad no deja de tener un espacio importante que le permite "educar" a quienes lo rodean.

Se existe, entonces, sin importar las diferencias, en tanto se mire y se perciba al otro, pues esa percepción permite integrar y diferenciar, lo cual corresponde a lo que hace Jerónimo con las dos ciudades en las cuales se mueve, lo cual es lo que hace Félix al "vivir" en su espacio idílico de una San José ya ida, lo cual realizan los demás personajes que, a partir de la percepción de cada uno, hacen emerger ese entorno que los aísla, los posiciona, y los degrada o no. Félix "ve", pero para ello debe obviar otra vista posible, lo mismo que hace Jerónimo. Existe la distancia, la carne, llamadas por Merleau-Ponty, que les permite ir asiendo el mundo pero desde ese visible en que nace el objeto. La ciudad, San José, los edificios, las calles, las aceras, están allí porque existe una toma de distancia que estos y los demás deben efectuar para aprehender el objeto, pero que en particular en estos dos personajes parece adquirir ribetes esenciales, pues son los únicos que ven lo que los demás no, es decir, han "entendido" la distancia, y se la han apropiado.

Cabe, entonces, también, la referencia en torno a la fragmentación de los personajes, a ese descentramiento y al pluralismo en el cual se ven envueltos: ¿cuál sino Jerónimo puede ser el caso más claro de fragmentación identitaria, pues aún cuando pertenezca a un universo se recodifica desde otro, pero sin renunciar tácitamente al primero? Es esa mirada que se escapa de los demás, pero que él puede ejercer. Es claramente un sujeto ambiguo, descentrado, cuya identidad se construye y reafirma pero no en el mismo orden de los demás. Su principal característica es precisamente el de la diferencia en relación con el otro. Es un personaje que subvierte el orden, por lo cual es definido desde la locura, desde la otredad como amenaza, desde la incompreensión. Es el ajeno, el indeterminado; en otras palabras, el marginal. No debe olvidarse que su persistencia en guardar el recuerdo de lo ido, a partir de la permanencia de las imágenes construidas desde la ceguera de don Félix, es ya un indicio de esta diferencia, pues no solo se refugia en la nostalgia, sino que construye el presente y el pasado desde esta, y en ella se afirma. Ya el mismo Moshe

Barasch, al cual hemos referido anteriormente, rescata esta actitud como defensa de la memoria, y la memoria desde la percepción del ciego:

“Como hemos visto, la continuidad es una condición para el conocimiento de los cuerpos y la construcción de formas. En la mente del ciego es la memoria la que hace posible la continuidad” (Barasch ,2003, P. 214).

En la novela de Contreras, se construye una interrelación social en la cual unos y otros se cruzan en algún momento, como lo es el uso del prostíbulo como lugar de recurrencia permanente, pero ello no significa una uniformidad plena, pues la diferencia sigue siendo el tema predominante en estas relaciones. No obstante, y a pesar de la marginalidad señalada permanentemente en este abordaje en relación con los Peor y quienes se mueven en su círculo de inmediatez, en que se presenta, implícitamente, la otra esfera social, se sobreentiende el nuevo orden del que habla Appadurai, que nos permite efectuar la siguiente cita:

“La nueva economía cultural global ha de ser vista como un orden complejo, con traslapiamientos, disyuntivo, que ya no puede ser entendido en términos de los modelos existentes de centro-periferia (ni siquiera de aquellos modelos que podrían dar razón de múltiples centros y periferias) (Appadurai, 2002, P. 20).

Lo anterior, si bien no cercena el concepto de la diferencia y la marginalidad de los cuales hemos hablado, lo cierto es que deja entrever el uso que unos y otros hacen, dentro de la estructura social, que permite que en tales relaciones el modelo establecido centro-periferia pierda su lugar en ese traslape, esa disyunción que provoca tales interrelaciones. Los esquemas de unidad o heterogeneidad no se vuelven inamovibles en todas las ocasiones. El orden social que emerge no permite entender los modelos como funciones estructuradas y establecidas de forma tajante, sino que, en un caso como el que nos interesa, unos y otros se encuentran y desencuentran según las circunstancias. Es parte de la nueva

construcción cultural, que no deja, en todo caso, de tener apego, en algunas ocasiones, con las ideas de uso, desuso o abuso que construye la sociedad permanentemente. Esto lleva a la defensa a ultranza que estos alienados hacen de su propio espacio, en relación con los lugares de privilegio, pues defienden su derecho a la mirada, a hacerse y a manifestarse, a construirse y a ser, pues, tal como lo señala la dueña de la pensión, ellos también son parte de la historia:

“-Mire, doctor Alberto, no es para menos, con lo que nos hicieron anoche milagro estoy viva, más que yo ya no tengo edad para andar en esas: Lo que pasa es que los pobres cada día tiene menos derechos en este país, porque eso sí, vaya usted a ver si a esos puteros finos donde van los ricos llega un solo policía a joder con eso de que hay ilegales, no, ahí ni se asoman, se vienen para acá, ¿por qué?, porque es aquí donde viene la gente común y corriente, el pueblo, y si existen estos negocios es porque los hombres siguen pagando por lo servicios que ofrecemos, un pueblo sin putas es un pueblo sin historia, y no me vea así, doctor, que yo sé muy bien lo que le estoy diciendo porque yo estudié...” (Contreras, 1995, P. 170).

Sartre apunta que la mirada del otro me da trascendencia, pero también me limita, me aliena, pues me confirma en una posición, por lo cual Jerónimo pasa a ocupar una posición en ese espectro social, lo mismo que Félix, y que Polifemo y Consuelo, y las muchachas; de igual manera que los clientes de la pensión, pues la mirada que se ha tejido no hace sino confirmarlos en un lugar dentro de esa heterogeneidad que forma parte del entorno, y que se ve resaltada en la ciudad como marco de encuentro de todos. Esa confirmación de unos y otros, les posibilita también su importancia dentro del urbano, pues no puede existir Jerónimo sin la mirada de ese otro que lo margina, pero que lo identifica, lo mismo que el propio viejo monje le da la confirmación de su ser a quien le devuelve la mirada, sin importar los antagonismos que se construyan luego. La mirada es un indicio de existencia, de la existencia de “los mejor” y de “los peor”. La

letra de la mirada que ha guardado Félix es la mirada que se ha obstinado en mantener, y que efectivamente le brinda una razón para existir, su existir, día con día, y en ella también ha de construir su letra, como signo de mirada, el propio Jerónimo para no caer en el espíritu derrotista que en gran medida gobierna a los demás.

Por otra parte, la relectura que se desprende del nuevo núcleo familiar tiene como punto de partida a los hermanos Peor, aun cuando Jerónimo se halla incorporado a este después de su "travesía" por el mundo de lo eclesiástico. La unión en la cual se agrupan estos, además de las muchachas que no solo viven allí, sino que tienen la pensión como mero lugar de trabajo, en la medida en que su núcleo también responde al tradicional en otro hogar, no deja de incorporarlas, tal como ocurre con la llegada de la joven embarazada que ha de dar a luz a Polifemo. Ello constituye un nuevo espacio y tipo de relaciones dentro del mundo de la desterritorialización del que habla Appadurai. Son sujetos marcados por la fractura, como ocurre con Consuelo y su esposo atado a la cama durante años debido a su enfermedad, pero que no disgrega la relación de esta para con él. Todos forman, dentro de la marginalidad que los signa, un nuevo lugar y concepto de familia, como lo hemos apuntado anteriormente, en que las relaciones se reorganizan y se reconstruyen desde otros parámetros que han de contribuir a dar un nuevo sentido a sus existencias. En un mundo en el cual se borran las fronteras (en apariencia), el nuevo centro que estos forman va desestructurando los límites, las estructuras, hasta dar cabida a un grupo en el cual se va deconstruyendo lo establecido. El traslape que se manifiesta en un fractal, como figura emergente en la cual los límites, el centro, la periferia, los márgenes pierden vigencia, y permite ejemplificar esta nueva dimensión en que a pesar de este rompimiento, en el fondo se sigue privilegiando la diferencia, la marginalidad y la interacción del caos y un nuevo orden que se manifiesta dentro de esta, o a pesar de este. A pesar de la diferencia que se señala, y de esa imposibilidad, al parecer, de acercamiento entre unos y otros, sin embargo, tal como lo apunta la metáfora del

fractal, los límites pueden ser difusos, pueden incluso desvanecerse, no ser siempre claros. De hecho, algunas de las muchachas, cuando no están en la pensión o en su trabajo, "invaden" el espacio de lo urbano, visitan centros diversos, van a tiendas, asisten al cine o a un restaurante y se con-funden con los transeúntes que están fuera de ese mundo que a ellas les pertenece, pero que de igual manera son los clientes potenciales que les han de permitir a ellas tener los recursos para efectuar esa incursión urbana. Es la existencia de una transformación, de una reconceptuación que va dando paso, de forma acelerada, a una transformación de mundo, con sus pro y contra, a un sueño, o quizás al surgimiento de una pesadilla dentro de las nuevas relaciones. Es la literatura testigo y ejemplo de tal nuevo establecimiento, mientras quedamos a la espera de las nuevas formaciones culturales en un mundo (amenazantemente) globalizado. Al fin y al cabo, permanecer dentro de la pensión es también una posibilidad de acceder, de conocer el mundo ajeno que se mueve afuera, como una especie de ciudad prohibida para estas, pero la cual absorben a su manera a partir de su interrelación con los clientes, asiduos a ambos espacios de socialización.

Los Peor constituyen ese grupo social que se enmarca dentro de un espacio en el que lo prohibido adquiere ribetes importantes. Son los desheredados, pero al fin y al cabo sujetos sociales, por lo cual quedan dentro de la estructura social, a pesar de la diferencia que los signa. No debe olvidarse que los otros son también signados por el espacio de la otredad de la cual hemos hecho mención. Jerónimo no es otro por sí mismo, sino porque existe quien le da ese rango, pero igualmente ese otro que se construye desde la mismidad con otros, es también el otro para Consuelo Peor y las muchachas, con la excepción del momento en que son "visitados", y la diferencia deja su espacio más allá de las paredes, pues en definitiva, es durante los encuentros y desencuentros en donde más fácilmente se construye la mirada (como posibilidad de borramiento de diferencias, lo cual no obvia su existencia como marcadora también de estas), y se borran las grandes divergencias:

“La dueña ya se sabía todo eso de memoria y sabía hasta los pormenores del oficio aunque nunca hubiera ejercido: conocía muy bien los pormenores de la cotidianidad de sus muchachas y se reía de los documentales de los noticieros que anunciaban con bombos y platillos “La verdad sobre las mujeres de la calle”, filmados con autocensura, mojigatos y tergiversadores de lo que ellas compartían con el resto del género humano. Lo que ellas hacían de noche, por las calles o en las pensiones, eso ya lo sabía todo el mundo, pensaba ella, pero nunca las filmaban desayunando un día libre en sus casas, o una tarde tranquila con lluvia o sin ella, simplemente leyendo una revista de chismes, hablando por teléfono, o recibiendo una mala noticia... La dueña era malhumorada, pero las trataba a todas con la familiaridad de quien conoce el oficio en piel propia. Ella les decía a los clientes de confianza que se hacía la brava para que no se le montaran, para que le tuvieran respeto, y hasta llegó una vez a insinuarle a uno de ellos que estaría dispuesta a hacer un sindicato nacional de trabajadoras del sexo para que todas tuvieran derechos: La conversación se acabó cuando el cliente, en un aparatoso lapsus, aprobó entusiasmado y dijo que aquello iba a ser un sindicato de la gran puta” (Contreras, 1995, P. 122-123).

Dentro del marco de lo social las diferencias se construyen y se diluyen de acuerdo con las circunstancias imperantes en un determinado momento. Los marginados solo lo son cuando se los conceptúa desde la otredad señalada, pero son parte esencial del entorno y la construcción de lo social cuando la diferencia que los demás han construido pierde su espacio al borrarse y se “hacen” con esos mismos. Es precisamente lo que afirma la cita textual anterior, en la cual el acercamiento de unos y otras, a la par del desconocimiento injusto de la “otra realidad” de las muchachas de la pensión, permite un mejor acceso de estas, y enriquecería la mirada que debe construirse más cercana a una totalidad que está allí, pero que se oculta o se insiste en esconder, pues se reitera el funcionamiento de la ceguera como una forma de desconocer la “realidad” que también constituye el marco de las relaciones

sociales. No mirar, no hacer significar, es dar paso a una ceguera consciente que se vuelve justificante de las grandes diferencias, y que da paso a la marginalidad y la exclusión manifiestas, en medio del discurso de la doble moral. De tal manera que la monstruosidad no está en lo que se deja de lado, sino más bien en quien insiste en dejarla de lado pues oculta el lado familiar, no ominoso de esa totalidad.

Jerónimo es un sujeto cuyas características, descritas desde la locura para los otros, adquiere la ambigüedad que le confiere el carácter de una formación particular, pero también la vida en un espacio particular. Es un sujeto “extraño” desde tal perspectiva, pero que no deja de lado su “contacto” con la sociedad con la cual se diluye, a pesar de la particularidad propia de su espacio. Es un ambiguo que no se enajena totalmente pero que no se asimila a los dictados de la otredad, ni siquiera de la propia “mismidad” que lo comporta a los más cercanos. Así, dentro del desarrollo que cada uno efectúa en relación con los otros, Jerónimo no se construye plenamente desde un solo espacio, sino que su ambigüedad le lleva a establecer su sitio vital, incomprendible incluso para la propia Consuelo, la cual no termina de comprender la diferencia que caracteriza a su hermano, a pesar de que lee de alguna forma esta, y contribuye a diluir este lugar de la diferenciación en que aquel se mueve. Mientras tanto, ambos se han de establecer, de acuerdo con las circunstancias mismas de la novela, en centro y periferia de una sociedad caótica que continúa construyéndose, y que comporta toda esa gama de vicios que se encierran en las calles, los edificios, las plazas, los parques, los sujetos.

La confluencia de lo cultural y lo social, de lo cual habla Lyon, en Los Peor adquiere un lugar fundamental en el discurso, en tanto la marginalidad y la soledad que enfrentan los personajes, no dejan lugar a dudas en lo relacionado con la interacción de los sujetos. Jerónimo y Consuelo, las muchachas de la pensión, Polifemo, no son sino símbolo de este malestar social que se manifiesta dentro del acontecer de la ciudad. Asimismo, el aspecto cultural, como manifestación y esencia de estas relaciones, a la par de lo dinámico que se incorpora en estas, permite dar una idea clara

de lo que representa la coexistencia dentro de un medio en el cual unos y otros se aceptan y se rechazan, y también dentro de misma coexistencia que implica el desarrollo dentro de lo urbano. Jerónimo, por su parte, posee una cultura que en nada le facilita su interrelación con los demás, pero que, paradójicamente, le brinda su propia explicación acerca de los acontecimientos que se tejen dentro de este macro universo josefino. La cultura y lo social se complementan en la novela como indicadores de los vacíos y de los engarces que los marginales y los marginadores sostienen permanentemente. Jerónimo, como antihéroe, y los Peor, como los grandes derrotados, son parte de esa sociedad desestabilizada, que sufre el trauma y el desgarramiento inevitable que comportan la diferencia y la marginalidad, a tal punto, que las distancias se pierden, y ello termina por diluirlos dentro del contexto socio-histórico en que se mueven, pues la realidad los ubica dentro de lo cotidiano propio del devenir en que unos y otros se mueven, en que se construyen los Peor y su grupo, y en que se yergue la sociedad que margina y se esconde tras la indiferencia. La enfermedad del esposo de Consuelo ratifica de esa manera ese proceso de olvido, pues a no ser por Jerónimo, terminaría por quedar olvidado para todos, con excepción de su esposa que es la que vela por este y lo cuida. De hecho, no existe una responsabilidad asumida por la compañía en la cual trabajaba, por lo que inmediatamente después de su accidente, pasa a engrosar la lista de los "exilados" sociales.

La extrañeza que produce la mirada está cercana a la extrañeza que producen esos sujetos "amorfos", "deformes", "monstruosos" que se cobijan bajo el mismo espacio con que lo hacen los demás que están fuera de esas categorías, pero que son los que las asignan. Esos ciegos sociales, incapaces de percibir en ellos una monstruosidad y extrañeza paralelas, hace que el discurso que construye esa mirada y oculta esa ceguera, manifieste un paradigma de aceptación y exclusión de acuerdo con las circunstancias de cada sujeto en ese entorno.

Estos continúan su proceso inevitable de marginalidad, y se convierten en el grupo espectáculo-sublime, que trae consigo el horror y el

malestar en medio de una sociedad que desacraliza algunos valores y enarbola otros. No debe dejarse de lado que Polifemo y Jerónimo son espectáculo que provoca admiración y rechazo en medio de un entorno en el cual lo sublime está del lado de estos en tanto carecen del espacio del otro, del legitimador (incluso del mismo grupo) y de quien construye ese espacio de valor:

"La madre de Polifemo despertaba poco después y bajaba en bata a tomar el café fuerte de Consuelo que era, por lo demás, el consuelo de su amanecer repetitivos. Salía luego al patio y, por lo general, obviaba los aspavientos de afecto de su hijo, lo alzaba, lo llevaba a su cuarto y le cambiaba la muda que le había elegido Consuelo. Al rato volvía a dejarlo con Jerónimo y se desentendía de él el resto del día. El niño había aprendido ya a cargar con esos actos sus reservas de afecto para no sentir la falta después. Rara vez accedía ella a besarlo en la mejilla y lograba sin saberlo unas sobrecargas que atenuaban los malos tratos de otros momentos" (Contreras, 1995, P. 65).

Es el grupo no noble, que puede traer la desestabilización, que en definitiva también se construye desde la carnavalización, desde un sentimiento de lo sublime, que comporta el gozo y el miedo, la angustia y, fundamentalmente, lo extraño:

"De todos modos no era Polifemo lo único raro que sucedía entre aquellas paredes; ya se había acostumbrado la gente también al esposo de Consuelo, a su hermano, a la de clientes raros que frecuentaban el lugar...a la vida en cueros, finalmente" (Contreras, 1995, P. 66).

Ello termina de afirmarse con lo que representa la mirada de los demás ante el espectáculo que representa el pequeño Polifemo:

"...de alguna manera intuía que lo más fuerte del mundo era la majadería de la gente de aferrarse a una única versión de la realidad; bastaba con verlo en las calles, cuando una mujer luchaba por subir al autobús a su hijo con retardo mental"

para llevarlo a la escuela diferenciada. Toda la gente torcía una mueca entre compasión y repulsión; ella misma, antes del nacimiento de Polifemo. Desde entonces, era tan simple para ella ayudarlo a estas mujeres a sostener al niño mientras buscaban el dinero para el pasaje, como simplemente sentirse en el regazo cuando no había lugar” (Contreras, 1995, P. 67) .

La aceptación de las condiciones en las cuales viven provoca que los momentos de soledad y de vacío, de desposesión misma, no provengan solo de lo afectivo, sino que claramente tienen que ver con las condiciones materiales en las cuales se mueven, y desde las que se definen o son definidos, según lo hemos señalado. La ciudad, lejos de constituirse en una excusa para una igualdad mayor, deviene en sitio que pone en evidencia estas diferencias, y que relega a unos a la marginalidad, mientras a otros los coloca en un sitio “de privilegio”, desde el cual viene el discurso que establece los espacios de acción y de conformación. Los Peor no solo se ven desplazados por la condición que la ciudad como lugar, como confluencia de estructuras construye, sino por la posición que, desde el poder, el capitalismo y sus condiciones establecen. Los personajes de la novela comportan el sino trágico de esta diferencia, la cual, si bien tiene como punto de ventaja la posibilidad no de la uniformidad con los otros, de lo cual Jerónimo es el mejor ejemplo, pues sobresale por su condición de otro desde esta no asimilación con la alteridad, y lo mismo se convierte en otros para los demás, también es claro que su espacio social lo relega al ámbito que hemos apuntado del descentramiento, de la locura, como sujeto marginal al lado de los suyos, pero incluso ante los cuales es ya también otro, pues su espacio dentro de lo “normal” o de lo “normativo”, no se rige por los valores que poseen o definen los otros. Lo cierto es que la manifestación de la mirada, de esa de la cual habla Sartre, y de la que no está exenta el pensamiento de Merleau-Ponty como tema de su filosofía, permite una construcción y un hacerse de la significación en la que los personajes se definen desde no solo la recepción del otro, sino también desde su propio encuentro, de ese acto táctil que les permite asir al otro y al

objeto que se muestra. Así como Jerónimo construye su mirada no solo con su interacción con los demás, también la va construyendo, como se ha apuntado, al tocar, al probar, al gustar aquello que está fuera de sí: se va apropiando de la ciudad y la conoce, la hace significar, y la descubre violenta, agresora. De allí que en definitiva Félix se refugie en una construcción de mirada que le permite huir de la que los otros construyen, y que por lo tanto reafirma su ceguera en tanto anhelo de no ver el horror de la sociedad presente. Es su propia mirada, sin valorar la que manifiesten los otros. De la misma manera, como hemos indicado, los dos grandes grupos la construyen a partir de sus perspectivas y visiones de mundo. La mirada, por lo tanto, es inevitable, insiste en manifestarse, en estar allí, aun cuando no se pueda mirar en total plenitud, pues la mirada siempre deja algo oculto que debe intentar ser explicado.

En la novela, el peso de las heterogeneidades no alcanza para dejar de lado la diferencia que pueda privar entre sujetos, sino que incluso se sigue manifestando en el nivel de las colectividades, pues la dimensión social en que se mueven unos y otros claramente los segmenta e incluso los contrapone. Todo ello para conformar esa necesidad de presentar la contraposición en un mundo en que la ciudad como el laberinto que hemos señalado, como el lugar de los desencuentros, de lo que habiendo sido familiar se vuelve grotesco y siniestro, pues pierde su encanto, insiste en devorar a los sujetos, en signarlos y en degradarlos.

Por otra parte, y de acuerdo con la elaboración del texto de Contreras, se va estructurando una historia en la cual los personajes claramente confluyen en una lucha común, a pesar de las subjetividades que se manifiestan. Jerónimo sobrevive porque pese a su individualidad, el grupo social en el cual se mueve le posibilita la subsistencia, pues vaga de un lugar a otro sin necesidad de ganar el pan que se come, ni pagar el hospedaje en la pensión. Su misión, tal como él mismo la concibe, es otra, no la de perderse en vanidades como esa. Como sujeto se va construyendo a lo largo de la novela, se va delimitando incluso ante el lector, pero también forma parte de un entorno en el cual debe (con)

formarse desde una colectividad que no le permite el pleno aislamiento, pues lo que es indudable, es que no se puede ser totalmente ajeno al entorno, no se puede no dejar de ver, sino que tampoco se puede dejar de participar en la mirada, y Jerónimo permanentemente está mirando, pues la propia ciudad amenaza con devorarlo, a través de la alienación que le imponen los otros. Los otros están en el espacio de Jerónimo, por lo cual no puede ignorarlos, de forma que percibe, construye y define a estos a partir del contacto diario. De allí que su relación con don Félix el ciego adquiere la relevancia que le brinda el conocimiento de otro universo de significación.

Parece ser que lo único realmente legitimado para este grupo es el fracaso, la caída, y la carencia total de una utopía, pues el niño, en medio de su deformidad, viene a representar una promesa para Jerónimo, que termina por desvanecerse, por convertirse en árbol, y a este lo induce al engaño. Cómo vivir la promesa alimentado por el engaño es quizás una de las interrogantes fundamentales que se desprenden del texto, y que no hallan respuesta a simple vista, pues la muerte de Jerónimo no da margen a tal posibilidad.

Los Peor –y con ellos los demás marginales- se hallan como sujetos que pasan por el proceso que les permite desafiar el margen en el cual se hallan, para caminar hacia un descentramiento, cuando poseen la posibilidad, en medio de la metrópoli, de relacionar su existencia con la de la alteridad social, sin importar la marginalidad a la cual se vean empujados, pues ya el simple contacto con ellos les “eleva”, a pesar de que las diferencias persisten, pues ciertamente la idea de una multiculturalidad, y de una mayor diversidad, no impide que se siga manifestando esta diferencia a la cual se los condena:

“Doña Elvira insistía en que qué problema podía traer una criatura que se había venido de su país porque necesitaba trabajar, nada más, y cuando les preguntó que por qué mejor no se dedicaban a perseguir a los grandes, a los verdaderos corruptos, esos que abrían negocios donde no se veía nunca pero ni un alma en pena y sin embargo no quebraban, y que eran negocios fantasmas solo para lavar dólares, la amenazaron con llevársela también, entonces ella los

amenazó con denunciar el abuso de autoridad y no había terminado de decirlo cuando se vio al lado de Jerónimo en la perrera y también durmió esa noche en la comisaría correspondiente” (Contreras, 1995, P. 168).

Descentrarse es convertirse en un paria social, tal como le ocurre a Jerónimo, quien se reafirma desde la alteridad como lo hemos señalado, pues es allí donde existe su universo de significación vital, desde el cual es y desde donde percibe e interpreta el mundo. Rechaza el margen, pues no tiene noción de él, y se va manifestando no desde la periferia sino en todo espacio como una especie de sujeto en rebelión, sin conocer los límites o desvirtuando el “valor” de estos. Jerónimo es diferente porque se construye desde la marginalidad y desde la propia diferencia, y precisamente porque no se cuestiona la existencia o el significado de estas categorías. A divergencia de los demás, la diferencia en la cual se lo ha ubicado socialmente, queda de lado aun cuando efectivamente esté marcado por ésta. Su devenir en el entorno le permite hacerse sin medirse desde el filtro de las marcas que la sociedad ha construido para clasificar a los sujetos. Jerónimo es diferente de todos porque vive en la diferencia sin conceptualizar esta dentro de su vida. Defiende, desde su vacuidad social en la cual lo ubican los demás, pero que para él adquiere una dimensión que le permite dar cuenta del mundo, un lugar que permite desafiar las normativas sociales, y le construye como Otro, incluso para los propios. Es diferente, quizás, porque en el fondo ni siquiera es consciente de su diferencia, sino más bien de un mundo de interrelaciones permanentes en las cuales se ES, sin dejar de ser desde la posesión o desposesión material. Se ES tal como él ES, porque se tiene conciencia de su espacio vital y social (aun cuando se ignoren otras).

Es el ideal de Jerónimo, empecinado en un futuro y un presente más justo, quizás de allí su descentramiento:

“Jerónimo sencillamente estaba incapacitado desde siempre y para siempre para pecatarse del conflicto silente que le estaba provocando a su hermana. Él no podía ver más allá de la necesidad de curar lo que hallara enfermo en

cualquier cosa, persona o animal, porque partía del principio de que todo era susceptible de ser sanado; lo pensaba aún vagamente de la ciudad a ojos abiertos, con escepticismo y a veces indiferencia, pero no dejaba de pensar que después de todo, algo o mucho, más bien, quedaba vivo entre aquellas aparatosas edificaciones con sus redes de calles envueltas en la nebulosa perpetua del humo de los carros. Debajo de todo eso había un mundo palpitante que demostraba que aún era posible devolverle la vida a aquel aparato de concreto (...) entonces se convencía de que no todo estaba perdido, porque mientras hubiera pájaros habría esperanza, porque él estaba seguro de que la esperanza se adhería a las alas de los pájaros y se dejaba llevar así de un lado para otro, con tan buena suerte para la gente que, en pleno vuelo, el batir decidido la esparcía sin ton ni son por todos lados cayéndole encima a quien menos lo esperara..."(Contreras, 1995, P.77-79).

Es la esperanza en medio de derrota, y la derrota plena, aun con sueños de esperanza. Además, es la conformación de una lectura que no permite, como única posibilidad, la aceptación de una ciudad incurable. El monstruo de concreto que se extiende por las ciudades latinoamericanas y otras grandes urbes europeas, que termina por convertirse en enormes moldes que devoran a los sujetos, con todos los consabidos problemas existenciales que ello acarrea y genera, adquiere, sin embargo para Jerónimo, una posibilidad de redención. No todo está perdido, aun cuando él mismo termine devorado por lo que implica el poder avasallador de la ciudad. Su muerte en un rincón del patio, no es solo una liberación, sino también una puerta que se cierra a los demás. Con él se lleva la diferencia de una mirada que lo ha caracterizado, y que es una mirada que, por esencia, está afuera, y desde allí lo conforma. La mirada igualmente puede devenir, de cierto modo, en un signo de muerte, pues así como la mira de la Gorgona en el mito griego es señal inequívoca de muerte, la asignación de un espacio de miseria para los personajes marginales de esta novela, es también una forma de condenación que esa mirada les ha asignado. La muerte simbólica, como manera de "exilio" a que se ven sometidos, y que solo son

incorporados en las horas en las cuales la ciudad permanece más "CIEGA", que corresponde a las horas de la noche, los somete a una condición de degradación que los convierte en los olvidados. De acuerdo con Jean Pierre Vernant, teórico y estudioso francés de la literatura grecolatina, la mirada de este tipo implica un desgarramiento, lo cual es claro que ocurre con los personajes de Los Peor, relegados dentro del propio espacio urbano, víctimas de la mirada aniquiladora y la ceguera alienante de la sociedad. Esa mirada, esa imagen de la que habla Vernant en su teoría, corresponde a la producción de una otredad, de un extrañamiento, de una extrañeza, y es allí en donde quedan ubicados los personajes "desecho" de esta novela, pues constituyen, al fin y al cabo, el horror, lo aterrador, la alteridad radical y, por lo tanto, la amenaza.

La dispersión en la cual se construyen los personajes, la fragmentariedad que caracteriza a estos, pero que adquiere preponderancia en Jerónimo, como el gran nostálgico que necesita cerrar los ojos para estar de nuevo en San José, pero definido desde otra perspectiva, le va llevando a una diferencia que lo coloca, como citamos en algún momento, en un lugar de puente entre unos personajes y otros, de los cuales unos forman la mismidad y otros la alteridad, pero para los que Jerónimo, en uno y otro caso, sigue siendo un sujeto extraño. Lo misterioso, desde ese punto de vista, corresponde a aquello de lo cual no se puede dar cuenta, precisamente porque se lo desconoce, y es desde allí donde se construye esta diferencia, y esta otredad. Es marginal porque insiste en ser y en hacerse lejos de los convencionalismos. La relación sujeto-objeto de la que habla Sartre termina por evidenciar esta mirada. Cada uno de los personajes, independientemente del lugar que ocupen en la sociedad, se construyen con base en ese paradigma: son sujetos en tanto el objeto que miran les devuelve la mirada y los subjetiva (los vuelve sujetos), al tiempo que ese mismo objeto adquiere la conformación de sujeto. De igual manera, unos y otros, en una relación continua en la que priva esa mirada dejan la condición de objetos después de haber recibido o conectado la mirada con el sujeto que me la devuelve. Nada importa el grado de marginalidad. La mirada está permanentemente allí.

La ruptura que caracteriza a estos personajes, por la cual han optado, pero a la que también han sido empujados, los va constituyendo como los descentrados, como los marginales que pueden retar lo establecido, ejercer la "libertad" de ir más allá de los bordes y rondar el centro, no para convertirse en centro, sino para no ser ubicados, (des)centrados permanentemente. Ese es en efecto el poder de la resistencia desde la cual fraguan sus vidas, a pesar de la amenaza latente que representa el encuentro con el mundo en el cual se construye el plano de la diferencia y de la alteridad, de la exclusión, y de la que Polifemo es claro ejemplo en sus primeras salidas de la casa:

"...Jerónimo decidió tomar el riesgo por su cuenta, y ese día después del desayuno, tomó al niño de la mano, le puso la gorra, le advirtió que no se la quitara, y salió con él de la pensión. Polifemo estaba horrorizado...el mundo sencillamente no podía ser tan grande como alcanzaba a ver desde la jaula de su ojito. Todo le daba miedo, había tantísima gente caminando y tanto carro, que le rogó que se devolvieran. Jerónimo nunca lo había obligado a nada. Sólo habían caminado un par de cuadras pero no tardó en complacerlo porque ya estaba comenzando a llorar del desconcierto de no ver por ninguna parte el mundo que venía aprendiendo de las historias de Jerónimo. Entraron por donde salieron y nadie notó nada. Polifemo se fue a encerrar a su cuarto y no quiso volver a salir en todo el día... por la noche tuvo fiebre y Jerónimo se vio en la necesidad de llevárselo a dormir a su cuarto" (Contreras, 1995, P. 153).

Es, finalmente, la narración de una des-territorialización en la que unos y otros se ven inmersos, con el fin de afincarse en un universo del cual deben dar cuenta, pero en el que las diferencias, las rupturas, las otredades, la dispersión, las fragmentaciones, la disolución de los sujetos, entre otros aspectos, los lleva, en definitiva, a redefinir(se) de cara al nuevo modelo social, y a partir de las construcciones en las cuales las existencias se vayan construyendo. Es el devenir de un nuevo sentido vital, y de un marco de coexistencia más pluricultural, más abierto, pero

quizás, en el fondo, menos justo y menos humano. En la pensión las diferencias grandes y pequeñas se olvidan, pues todos se miran y se interpretan, pero esa mirada se redefine, adquiere un nuevo rumbo cuando estos mismos clientes se encuentran en el espacio de lo urbano, pero lejos del lugar de la pensión. Parece que las miradas, en gran medida sujetas a procesos de interpretación, no solo cambian de acuerdo con la subjetividad de cada uno, sino con el contexto socio-espacial en el cual estos se hallen inmersos, al menos en ese momento.

BIBLIOGRAFÍA

- Aínsa, Fernando. "El desafío de la identidad múltiple en la sociedad globalizada", en VIII Congreso de la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe (FIEALC). Modernización e identidad en el marco de los procesos de globalización. Talca, Chile, 1997. Páginas 1-26.
- Alegría, Fernando. "Antiliteratura", en: América Latina en su literatura. Tercera edición. Editorial Siglo XXI. Méjico, 1976. Páginas 243-258.
- Ali-, Sami. "Espacio y visión. De la deficiencia visual", en El cuerpo, el espacio y el tiempo. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1993. Páginas 143-174.
- , "Espacio y proyección. De la teoría de la perspectiva en Alberti (siglo XV)", en El cuerpo, el espacio y el tiempo. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1993. Páginas 175-195
- Alvarenga Venutolo, Patricia. (2005). De vecinos a ciudadanos. San José: Editorial Universidad de Costa Rica y Editorial de la Universidad Nacional.
- Appadurai, Arjun. "Disyunción y diferencia en la economía cultural global", en revista Criterios, La Habana, número 33, 2002. Páginas 14-41.
- Barach, Moshe.(2003) La ceguera: Historia de una imagen mental. Madrid: Editorial Ensayos Arte Cátedra.

- Bermúdez, Manuel. "Lo mejor de Los Peor", en *Suplemento Los Libros, Semanario Universidad*. Febrero, 1996. Página 3.
- Bourdieu, Pierre. "La génesis social de la mirada", en *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Tercera edición. Editorial Anagrama. Barcelona, 2002. Páginas 458-469.
- Cardona Cooper, Rodolfo. "Balance esperpéntico: Los Peor de Fernando Contreras Castro", en *Áncora, La Nación*. 17 de marzo, 1996. Página 4.
- Contreras Castro, Fernando. (1995) *Los Peor*. San José, Costa Rica: Ediciones Farben.
- Contreras, Castro, Fernando. "Un peor hace cien", en *Áncora, La Nación*. San José, 17 de marzo, 1996. Página 1.
- Entel, Alicia. "La comunicación de la crisis en la cultura urbana. Los principios en movimiento. Expresiones de movimientos sociales", en *La mirada oblicua. Estudios culturales y democracia*. (Silvia Delfino, compiladora). Buenos Aires, 1993. Páginas 111-118.
- Estramil, Mercedes. "Infierno y paraíso de los ciegos", en *El País Cultural. Ciencias, artes y letras*. Año IX, número 155. Montevideo, Uruguay. Páginas 8-9.
- Fernández Christlieb, (2004) Pablo. *La sociedad mental*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Fragomeno, Roberto. (1999) *Intelectuales: el obstáculo de los espejos*. San José, Costa Rica: Ediciones Perro Azul.
- Fragomeno, Roberto. (2003) *Las tribulaciones de la mirada. La lógica del castigo de los mercaderes, los financistas y los inspectores*. San José, Costa Rica: Ediciones Perro Azul.
- Freud, Sigmund. (1986) *Obras completas (volumen XVII)*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- (1981) *A medio siglo de El malestar en la cultura*. México, Editorial Siglo XXI, Quinta edición.
- Gennari, Mario. "Teoría estética, ciencias humanas y ciencias de la educación", en *La educación estética: arte y literatura*. Editorial Paidós. Barcelona, 1997. Páginas 19-111.
- Giddens, Anthony. (1994) *Consecuencias de la modernidad*. Primera reimpresión. Madrid: Alianza Editorial.
- Jiménez Hernández, Jorge "Si algo pudiera llevarme a la muerte eso sería el ruido del mar": Una lectura de "Los Peor" como estética de los excluidos", en *Revista Girasol* (noviembre, número 2), de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica. Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica, 1998. Páginas 41-44.
- Kristeva, Julia. (1989) *Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis-Ferdinand Céline*. México: Segunda edición. Editorial Siglo XXI.
- Lyon, David. (1999) *Postmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lyon, David. (2000) *Postmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Merleau-Ponty, Maurice. (1970) *Lo visible y lo invisible*. Barcelona: Editorial Seix Barral.
- Merquior, José Guilherme. (1976) *América Latina en su literatura*. Tercera edición. México: Editorial Siglo XXI.
- Morúa Torre, Ana Cecilia *La novela costarricense contemporánea: una aproximación a la obra de Fernando Contreras Castro (Tesis de Maestría Profesional)*. Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica, 2002.
- Reik, Theodor. "La reflexión de Freud sobre la cultura (El malestar en la cultura)", en *A medio siglo de El malestar en la cultura*. Quinta edición. Editorial Siglo XXI. Méjico D. F. Páginas 117-135.
- Romero, José Luis. "Emigrar del campo a la ciudad", en: *La mirada oblicua: estudios culturales y democracia*. (Silvia Delfino, compiladora). Editorial La Marca. Buenos Aires, 1993. Páginas 43-45.
- Sartre, Jean Paul. (1998) *El ser y la nada*. Buenos Aires: Décima edición. Editorial Losada.

- Schmucler, Héctor y Patricia Terreros. "Técnica y cultura urbana", en *La mirada oblicua. Estudios culturales y democracia*. (Silvia Delfino, compiladora). Buenos Aires, 1993. Páginas 129-136.
- Vernant, Jean-Pierre. *La mort dans les yeux*. Editorial Hachette. France, 1990.
- Winnicott, D. W. *Realidad y juego*. Décima reimpresión. Editorial Gedisa. Buenos Aires, 2003.